

## VII

### REFLEXIONES SOBRE UTOPIA Y REVOLUCIÓN

por *Maximilien Rubel*

Maximilien Rubel es jefe de investigaciones del Centro Nacional Francés de Investigación Científica y ha escrito profusamente acerca de Marx y el marxismo. Nació en Chernowitz, Austria-Hungría, en 1905, y adoptó la ciudadanía francesa en 1936. Es licenciado en artes y doctor en letras. Entre sus libros citaremos: *Bibliographie des oeuvres de Karl Marx*; *Karl Marx, pages choisies pour une éthique socialiste*; *Karl Marx, essai de biographie intellectuelle*; y *Karl Marx, Selected Writings in Sociology and Social Philosophy* (en colaboración con T. B. Bottomore).

En la médula misma del pensamiento socialista es posible hallar dos ideas muy importantes: Utopía y Revolución. Sin embargo, casi nunca se estudia su relación mutua. Aparentemente la Revolución implicaría el rechazo o la exclusión de la Utopía, y la Utopía implicaría la proscripción o la negativa de la Revolución. Éste parecería ser, sucintamente descrito, el enfoque de los pensadores socialistas del siglo XIX. En el siglo XX, y hasta comienzos de la Primera Guerra Mundial, la polémica —aunque restringida a las disputas ideológicas que surgían periódicamente entre los marxistas y los no marxistas, o entre los marxistas y los anarquistas— fue un poco más animada. Pero desde entonces sólo reina el silencio, como si el tumulto de la historia contemporánea hubiese silenciado todas las voces que pudieran atreverse a reclamar que se reanude el debate.



*De vuelta a las fuentes*

El marxismo no es la suma total de toda la ideología socialista. Tampoco engloba a todo el pensamiento socialista. Su ética y sus teorías se remontan a la revolución industrial que tuvo por escenario a Inglaterra en el último tercio del siglo XVIII. Desde su misma génesis, el socialismo surge con todas las características de un nuevo evangelio, de un mensaje de liberación y salvación mundiales. Por muy visionarios que hayan parecido a otros, los primeros socialistas o comunistas de la era industrial no imaginaron que sus ideales disonaran con los medios prácticos para ponerlos en ejecución. William Godwin piensa que la razón es el medio para lograr la transformación deseada; Graco Babeuf piensa que el medio es la violencia, o sea la sinrazón. Como consecuencia de la clausura del Club del Panteón, la Revolución, definida al principio como un movimiento legal, se convierte en asunto de un "directorio secreto" dotado de poderes para actuar "por y para el pueblo". La idea de Babeuf consiste en tomar el poder para "devolvérselo al pueblo"; pero antes es necesario vencer algunos obstáculos. Si se convoca a las masas a una elección, éstas son muy capaces de restaurar la tiranía. Hay que educarlas antes de que ejerzan la soberanía.

Es inevitable que una vez lanzados por la pendiente de la impaciencia y la autoridad "provisional", los partidarios de Babeuf transformen la revolución social en una guerra organizada, con todas las reglas del juego: jerarquía, disciplina, obediencia, órdenes, especialización, etc. Se trata de una Revolución manejada desde arriba por un estado mayor o un comité de expertos, hasta que llegue la hora en que las masas puedan actuar por sí mismas... después de derrotado el enemigo y de conquistado el poder. Esta ambigüedad de la tendencia de Babeuf se repite en Augusto Blanqui y sus partidarios: la honestidad y las buenas intenciones son pruebas de devoción ofrendadas al pueblo, un pueblo todavía ignorante, reducido a una simple materia inerte, o más exactamente a una fuerza de choque principal en el campo de batalla. La esencia de la corriente de Babeuf consiste en la violencia organizada sometida a una dirección exterior. Su humanismo está en su intención,



en el objetivo, en la Utopía, pero no se lo encuentra en los medios... a menos que uno considere que los actos de venganza perpetrados por las masas rebeldes constituyen manifestaciones de su voluntad de emanciparse. En este caso el propósito de la violencia consistiría en "humanizar" la violencia, porque aspira a fundar una sociedad desprovista de violencia. El riesgo y la debilidad de semejante concepción residen en la imposibilidad de prever y justipreciar, de elegir y evaluar los actos con una perspectiva humanista.

El socialismo llamado utópico se remonta a una tradición de racionalismo humanista anterior a la Revolución Francesa. Saint-Simon, heredero espiritual de los enciclopedistas, cree que el poder político sólo desempeña un papel accesorio. El "Nuevo Cristianismo" constituye la base ética de un poder que no es político sino administrativo (directivo). La esencia de este cristianismo socioeconómico es una ciencia de la producción. La política es reemplazada por la organización industrial orientada hacia la seguridad y el bienestar humanos, cuyo único objetivo consiste —según las palabras póstumas de Saint-Simon— "en asegurar a todos los hombres la mayor libertad para el desarrollo de sus facultades".

Los utopistas procuran reformar la sociedad en nombre de la razón y la ciencia, Robert Owen entiende que la cooperación es la clave para resolver los problemas sociales. Owen no tiene el apasionamiento de Charles Fourier; carece de imaginación; su doctrina se reduce a unas pocas ideas elementales, y entre éstas la fundamental estipula que el hombre es el producto de su medio ambiente. Sin embargo, este pionero del socialismo cooperativo está siempre dispuesto a defender el esfuerzo espontáneo, la desconfianza e incluso la hostilidad contra los poderosos, los ricos, las clases gobernantes. Si el socialismo equivale a cooperación, y si en última instancia el socialismo de Marx no es más que un sistema o un método de producción cooperativa, entonces Marx es discípulo de Owen.

### *Karl Marx*

Marx no abolió la Utopía. Por el contrario, la rejuveneció y ensanchó sus perspectivas. Gracias a él, la Utopía se convierte en un movimiento único en dos etapas: Revolución-Creación.



Antes de Marx, los utopistas estudiaban e imaginaban la creación independientemente de los hombres que presuntamente debían construir la Ciudad Nueva. El hombre fue la primera y principal preocupación de Marx. "Sabemos que para actuar correctamente, las flamantes fuerzas de la sociedad sólo necesitan que quienes las controlen sean hombres flamantes... y esto es lo que son los trabajadores" (*Discurso en el Aniversario del "People's Paper"*, 14 de abril de 1856).

Marx, que inicialmente fue discípulo de Fourier y de Owen, habría de consagrarse muy pronto a la lucha política, pero nunca rompió los lazos espirituales que lo unían al socialismo utópico. Al respecto, basta leer una declaración que preparó, dos años antes de su muerte, para los populistas rusos que le preguntaron su opinión acerca de las posibilidades y perspectivas de las comunas de campesinos en el contexto del desarrollo del capitalismo en Rusia. En el curso de ese extenso y difícil análisis, Marx no se refiere ni una sola vez a los problemas políticos propiamente dichos, tales como las estructuras de clases o la organización del partido. Todas sus reflexiones se concentran sobre la naturaleza originaria de la institución arcaica de la comuna rural y en su importancia como "elemento regenerador en la sociedad rusa, (un) elemento de superioridad sobre los países esclavizados por regímenes capitalistas".

En esta apología de un "microcosmos localizado", tal como Marx califica a la comuna rusa, es fácil percibir un último tributo a Robert Owen, adalid del socialismo cooperativo y comunitario. Al igual que su predecesor, Marx deposita toda su confianza en la espontaneidad creadora de aquellos que producen la riqueza de las naciones sin usufructuarla ellos mismos. Atribuye a la comuna primitiva las virtudes de un microcosmos social. En esta idealización de una institución todavía poco conocida es posible reconocer una proyección hacia el futuro de una imagen voluntarista. Sin embargo, no es casual que Marx simpatizara con la Utopía de Owen. La comuna cooperativa que imaginó Marx se adapta a la ecuación que mencionamos anteriormente: la de la oposición entre el concepto jacobino (político) y el que en beneficio de la claridad llamaremos ahora concepto comunalista del movimiento obrero. En el primero, se concede la iniciativa en la acción



y la conciencia de los fines a una vanguardia política que encabeza a masas multitudinarias y fácilmente manejables; en el segundo, la dimensión reducida de los grupos de acción permite prescindir de los dirigentes perdurables y por lo tanto "profesionales", y todas las *élites* políticas resultan superfluas. En este caso, el delegar un poder no implica renunciar a un derecho, sino conferir un mandato temporario e imperativo para una función estrictamente circunscripta.

En cierto sentido Marx es el más utópico de los utopistas: poco preocupado acerca de la Ciudad futura, consagrado a destruir el orden existente, eleva la Revolución al nivel de un requisito absoluto. Es la mecánica de esta Revolución imaginaria e imaginativa la que comparte rasgos de la Utopía: presupone hombres profundamente conscientes de sus "doradas miserias", hombres capaces de analizar toda la gama de la realidad social y socialista. En verdad, Marx formula una ley económica de la pauperización que es más difícil de entender que la indigencia pura y absoluta. Injerta la Utopía futura en la lucha diaria presente y fija una clave dialéctica para la revolución proletaria: dejad que los trabajadores deseen y hagan su revolución, y a cambio de ella recibirán el socialismo. En otras palabras, el hecho de que los trabajadores adquieran conciencia de su alienación (en el sentido más profundo que Marx atribuye a este término hegeliano) equivale *eo ipso* a que se capaciten tanto para destruir el capitalismo como para construir la Utopía: una sociedad sin clases, sin Estado, sin dinero. Así, el concepto de Marx contiene una rara paradoja: se presume que es en el punto culminante de su miseria cuando los trabajadores toman conciencia de la urgente necesidad de marchar hacia un renacimiento social a través de la revolución *total*. Extraño "materialismo", en verdad, éste que imagina semejante metamorfosis del esclavo que ha sido transformado en un simple engranaje de una máquina industrial productora de lucro.

Marx supone que la "conciencia comunista" "emana" de las masas desposeídas, y no de una *élite* intelectual (*La ideología alemana*). Los intelectuales burgueses no pueden convertirse en comunistas antes de llegar al grado de conciencia revolucionaria propio de los obreros esclavizados. Aquí reside la paradoja del movimiento obrero. Sin embargo, Marx



establece la distinción entre conciencia socialista y ciencia socialista. Esta última es tanto posible como necesaria en relación con el bifacético movimiento concreto del proletariado: conciencia de clase y acción política.

Al designar sus propios voceros políticos, los trabajadores expresan su voluntad de trastocar el orden existente desde adentro o —según las circunstancias— desde afuera de las instituciones establecidas. “El proletariado se constituye en clases y, por consiguiente, en partido político”, declara el *Manifiesto comunista*, demostrando así que los trabajadores, en lugar de afiliarse a los partidos políticos ajenos a sus propias filas, despiertan espontánea y creadoramente a la conciencia de su personalidad. En tanto que lo que une a la clase burguesa es el interés y el lucro, la cohesión del proletariado como clase se forja en la lucha cotidiana por el pan y en la conciencia de la marcha hacia un objetivo revolucionario. Lo que Marx —y antes que él, en 1843, Flora Tristan— formuló así en un sola proposición, a saber, que “La emancipación de la clase trabajadora debe ser conquistada por la misma clase trabajadora”, perdura como postulado implícito de todo el pensamiento socialista auténtico.

Los sindicatos, los partidos, los consejos y otras formas de organizaciones obreras sólo son fieles a sus objetivos si han sido creados consciente y espontáneamente por los mismos trabajadores. Como clase cuya misma existencia asume la forma de lucha organizada, los trabajadores no deben confiar su iniciativa a manos de una *élite* que pretenda prescribir y guiar su acción social y política. Éste es el único significado que se puede atribuir a la fórmula que Marx y Engels repitieron una y otra vez para censurar a la *intelligentsia* por su presunta intención de educar políticamente a la clase obrera. Es indudable que los intelectuales desempeñan un papel en el movimiento obrero; pero dicho papel será adecuado y eficaz sólo en la medida en que introduzcan en el movimiento “elementos de cultura” y no teorías de ocasión, filosofías, o doctrinas esotéricas vinculadas con los fines y medios de la historia, con la dialéctica de la acción revolucionaria, etc. Es cierto que como hombre de acción y “dirigente” partidario, Marx no se adaptó siempre en forma estricta al principio de la autoemancipación de los trabajadores. Pero por lo menos



tanto él como Engels reconocieron este hecho y percibieron sus culpas cada vez que se sometieron a una indagación introspectiva.

### *El marxismo juzgado por Marx*

El verdadero problema no consiste en la disyuntiva Utopía-Marxismo, Marxismo-Reformismo, Marxismo-Revisionismo, sino en la disyuntiva Jacobinismo-Autoemancipación. El problema consiste en averiguar si cuando las clases sociales y los hombres como tales confían a cuerpos escogidos y/o elegidos la representación y defensa de sus intereses, pueden retener la autonomía de su conciencia y sus acciones.

Aquí acecha una peligrosa ambigüedad: ¿una clase social puede tener *una* conciencia, *una* voluntad, *una* acción? En otras palabras, ¿es posible que una clase social piense, desee, actúe, si no es a través de mandatarios “democráticamente” elegidos para *representar*, o sea, para *enunciar* la voluntad y el pensamiento de una comunidad? En tal caso, ¿la aprobación formal o tácita del grupo a los actos y decisiones de su delegado no es la *única* prueba capaz de demostrar la coherencia entre la voluntad de aquél y el comportamiento de éste? Pero si la pregunta, así formulada, lleva implícita su propia respuesta, dicha respuesta no agota la *totalidad* del problema. En verdad, surge un nuevo interrogante, que exige una contrarréplica: ¿cuáles serían las condiciones más eficientes en las que una delegación de mandatos permitiría representar los verdaderos intereses del grupo en cuestión?

Este problema preocupó hondamente al pensamiento socialista anterior a Marx. La respuesta consistió en describir y definir una sociedad “ideal”. Marx heredó y enriqueció este legado. Su desafío no apunta a los *principios fundamentales* del llamado socialismo utópico, sino a algunos de sus aspectos aberrantes. En el pensamiento de Marx la comuna de productores, la empresa cooperativa, la unicidad de trabajo y cultura —en síntesis, la Ciudad sin estado ni dinero de la Utopía— representan la resurrección, aliada a la tecnología moderna, de la comuna rural arcaica y de la cuna del comunismo primitivo.



La experiencia histórica de los últimos sesenta años enseña una lección clara e inequívoca: la concepción jacobina del movimiento obrero condujo al fracaso, tanto en su forma reformista como revolucionaria. Cuando Lenin rompió los vínculos que había mantenido hasta la Primera Guerra Mundial con las ideas de Karl Kautsky, proclamó la falta de efectividad del movimiento obrero de los países industrialmente desarrollados, cuyo proletariado había sido “traicionado” por una aristocracia surgida de sus propias filas. Y argumentó que, por el contrario, las condiciones materiales y morales para un movimiento revolucionario existían en un país industrialmente subdesarrollado y primordialmente rural, como lo era la Rusia zarista. Era allí —según la teoría llamada de la “Revolución Permanente”, entonces común a Trotsky y Lenin— donde se podía poner en marcha, cuando no materializar, la revolución socialista.

En realidad, tanto en la teoría como en la práctica, Lenin y su partido eran una *élite* de intelectuales burgueses radicales injertados en una masa social agitada, cuyas auténticas aspiraciones revolucionarias fueron fácilmente manejadas por un aparato de revolucionarios profesionales. Antes de que trascurriera mucho tiempo ya se notaron los resultados. Después de ganar la confianza de los soviets formados espontáneamente que se oponían al gobierno de Kerensky, el partido bolchevique logró instalarse como poder del Estado. Al igual que en los países de tradición capitalista, una aristocracia política consciente de sus intereses y objetivos había ocupado el lugar del “microcosmos social” que —según la teoría y la Utopía de Marx— brota espontáneamente del suelo de toda sociedad en estado de evolución y transformación histórica.

Es posible que Marx haya sobreestimado el elemento político del movimiento obrero; pero nunca supuso que la clase trabajadora debía entregarse a la sabiduría dialéctica de un partido o de una *élite* de expertos políticos. Según Marx, la *utopía de la revolución es una ética de conducta revolucionaria*. La miseria de los trabajadores es el motivo capital del acto revolucionario, así como la fuerza creadora del nuevo orden social. El trabajador, como sujeto directo de esta transformación revolucionaria, es también su objeto... en consecuencia, se elimina a sí mismo en cuanto *asalariado*.



### *Conclusión*

La Utopía y la Revolución son las dos coordenadas históricas del movimiento socialista. O sea que para materializarse, el movimiento socialista debe interpretarse a sí mismo como utopía y como revolución. Esto también significa que, para transformarse en socialista, un individuo debe ser al mismo tiempo utopista y revolucionario: debe querer y desear la revolución y la utopía, querer la abolición de nuestra sociedad y desear la creación de la Ciudad Nueva.

La ética de la Revolución y de la Utopía es la de un humanismo socialista. El socialismo constituye una necesidad histórica sólo en la medida en que es imaginado y querido como una necesidad ética. Esto era lo que pensaba Marx cuando planteó el siguiente dilema: el proletariado es revolucionario o no es nada. Para restaurar su pleno sentido al concepto de ética socialista, agreguemos que el socialismo es la conciencia de la Utopía, o no es nada.

